

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

Antoine G.

*¿Por qué vacía la multitud calles y plazas,
y sombría regresa a sus moradas?
Porque la noche cae y no llegan los bárbaros.
Y gente venida desde la frontera
afirma que ya no hay bárbaros.
¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?
Quizá ellos fueran una solución después de todo.*

Kavafis "Esperando a los bárbaros"

El abuelo Tomás se resiste a deshacerse de las ovejas:

-Sólo el día que me saquen con los pies por delante, -afirma con una especie de testarudo fatalismo.

El abuelo Tomás es como el último mohicano, resiste mientras a su alrededor van desapareciendo todos los de su especie. No me refiero a la raza, que al fin y al cabo, mi padre y yo, y mis tías y todos los primos, somos su descendencia, me refiero a que es el último superviviente en el pueblo de esa raza de pastores que viene de tiempo inmemorial. Supongo que los humanos son pastores incluso desde antes de los asentamientos urbanos, de cuando se desplazaran siguiendo el agua y los pastos para los primeros animales domesticados.

Allí, en esos pueblos a los pies de la Sierra de Guadarrama, viene de los tiempos de la Reconquista. Al parecer Alfonso X, con su afán de poner orden en todas las cosas, reguló la Mesta y los caminos por los que se hacía la trashumancia.

Nadie discute que el entorno es bonito: el pueblo a los pies de la Sierra se llena de domingueros que van a respirar los fines de semana. Y muchos de los que tenemos allí las raíces nos acercamos a pasar unos días. Son otras las razones las que condicionan que esos pueblos se vayan despoblando.

Cuando voy con mi padre, la conversación con el abuelo es tensa. Hay una especie de resquemor por viejas desavenencias. Mientras vivió la abuela, era ella la que suavizaba las cosas. Ahora, el abuelo muestra mal carácter, parece que está enfadado con el mundo. Parece que todos somos culpables de que esa realidad que él conoció esté

desapareciendo: mi padre, no mis tías que como mujeres estaban destinadas a otros fines, debería haberse quedado con las ovejas como se había hecho en la familia desde que hay memoria. Y como mi padre, son culpables todos los demás que se fueron y que han dejado el pueblo “para cuatro viejos”, sin colegio, sin consultorio médico, sin tienda de ultramarinos, sin... Y es culpable el gobierno que no hace nada, que ignora todas las necesidades. Y son culpables los Australianos que exportan la carne de oveja tan barata y hasta los chinos que fabrican telas baratas y ya nadie quiere la lana.

Cuando me habla de la lana lo escucho porque siento que tiene razón:

-La lana era el sustento de esta tierra. Y de todo el reino de Castilla, -dice, con orgullo-, porque en aquellos tiempos no había invernaderos ni turistas ni nada, lo único que se podía exportar era la lana. Pero, hasta el esquileo está en ruinas.

-Bueno, en otros pueblos, -le replico yo-, lo han reconvertido en hotel rural o salón de bodas. Algo así, lo he visto en Internet.

-Eso es como si yo me pongo una bota en la cabeza, -siempre contesta con imágenes muy gráficas-, por mucho que me empeñe nunca será un sombrero.

-Bueno, -le concedo-, ya sé que no es lo mismo.

-Las casas de esquileo eran antiguamente, cuando la Mesta y todo aquello, el centro de los negocios de la lana. Por Mayo y Junio, que era cuando las ovejas andaban por aquí, se esquilaban cientos de miles de ovejas. Venían esquiladores de toda la provincia de Segovia. Y, además de los ganaderos, venían comerciantes, especialistas en lana, en cortes y paños,... Hasta banqueros, que eran los que manejaban las perras. Para alojar a toda esa gente había que construir casas, hasta palacios como aún pueden verse por algún sitio de esta Sierra.

El abuelo es de pocas palabras pero, una vez que se embala, no deja de hablar. Se le animan los ojos con una chispa de nostalgia. Recuerda viejas historias que se han ido contando de generación en generación.

-Las ovejas, libres de los vellones, pasaban el verano en estos agostaderos y luego, en Septiembre, volvían a las tierras menos frías de Extremadura y Andalucía. Las familias de los pastores tenían por aquí casa, para pasar esos meses de verano. Es lo único que parece que queda de aquellos tiempos, -añade tras una pausa-, la gente que viene a pasar el verano en esos chalés que están haciendo por ahí.

Cuando regresa al presente, una sombra arruga la frente del abuelo. Los tiempos cambian e inexorablemente se siente empujado hacia el abismo. No sólo él, toda ese pasado de la trashumancia con sus glorias y sus fatigas.

-Claro, los pastores aquellos no venían a tumbarse al sol y beber cervezas, como

ahora. Y poner música hasta las tantas. Había que trabajar. Había que seguir atendiendo las ovejas. Y después de esquila había que lavar la lana, para que estuviera presentable y perdiera peso, para mandarla al extranjero. Las ovejas arrastran mucha mierda, la lana perdía la mitad del peso después de lavada. Pero era la mejor lana del mundo, por eso la compraban los ingleses o los de Flandes, los que tenían los mejores telares,... Ahí, en Segovia, se quedaba la parte que no se podía vender fuera. Lo que ha pasado siempre, lo que pasa ahora con la fruta o los tomates, que los buenos se los mandan a los alemanes y aquí nos queda una miseria que ni sabe a tomate ni a nada.

Si mezclamos la decadencia de la lana y los tomates insulsos, la sombra que arrugaba la frente del abuelo se hace tan oscura que hasta le impide hablar.

-Pero ahora se vive mejor, -le digo, por enderezar la conversación-, han alargado la vida de la gente, no se pasan las necesidades que te tocaron de niño y...

-Sí, en eso tienes razón, -asiente con la cabeza-, aunque muchas veces ni merece la pena. ¿Para qué quieres estar en una residencia, con la cabeza para abajo como un geranio mustio?

Ese es el gran temor del abuelo, que un día le fallen las fuerzas o la cabeza y acabe almacenado como una maceta en una de esas residencias.

-Yo solo saldré de esta casa con los pies por delante, -afirma, siempre, testarudo-. Antes de meterme en la residencia prefiero que me deis un cacharrazo en la cabeza.

-¿Y quién te lo va a dar, abuelo?

-Pues cualquiera que me quiera bien, -afirma.

Y creo que de eso está convencido, antes muerto que alejado de lo que ha sido su vida: la Sierra, las ovejas, las viejas piedras,... Y la fuerza en las piernas para verlo y caminarlo. Sentir la cercanía de esas peñas que lo han acompañado siempre.

Ese horizonte escarpado, la propia naturaleza pétrea lo ha forjado y lo mantiene en pie. Por alguna extraña obsesión, las piedras son sagradas. Siente, como un dolor en sus propias carnes, cada vez que una de las viejas casas de piedra es sustituida por esos absurdos chalés de vidrio y cemento de colores, lo sufre como una profanación. Para él el pueblo es el centro del Universo y todo alrededor acecha como una amenaza, todo es una gran confabulación: el gobierno que lo abandona, los chinos que fabrican barato, los alemanes que se comen los tomates más sabrosos, los domingueros que llenan de basura el monte, los desertores del pueblo que sólo regresan para destruir las viejas casas,...

-Y menos mal que todavía nos queda la iglesia. Que en otros pueblos se han caído o se las han vendido a los americanos. Por dinero todo vale.

No es que el abuelo Tomás sea hombre de iglesia, como su tocayo el apóstol prefiere meter el dedo en la llaga para creer. La fe le alcanza para cumplir con los ritos que conllevan los sacramentos: bautizarse, casarse y que te entierren en sagrado, no “en una cuneta como a un perro”. El abuelo le tiene afecto a la vieja iglesia por esa veneración que siente por las piedras antiguas, las que han sido testigo de aquellos tiempos gloriosos que tanto añora. En realidad la iglesia tiene piedras viejas, nadie puede negarlo, pero carece de mayor valor artístico y se sostiene al borde de la ruina a base de chapuzas, de puntales y pequeños arreglos. Quizá por eso se ha librado de la codicia y no ha acabado viajando al otro lado del charco. Pero de cualquier modo es la iglesia del pueblo, la que ha aglutinado en torno suyo el caserío de toda la vida, la que alza su espadaña por encima de los tejados y las copas de los árboles como un faro.

-Pero le pasa lo que a mí, -el abuelo ni siquiera confía en la eternidad de la iglesia-, está tan vieja que cualquier día se hunde.

-Por eso, -aprovecha mi padre cualquier muestra de debilidad-, lo mejor que puedes hacer es deshacerte de la ovejas.

-Sólo el día que me saquen con los pies por delante, -insiste testarudo el abuelo-, que tampoco faltará mucho.

-Falte lo que falte, -trata de conciliar mi padre-, no tienes necesidad. Ni siquiera has esquilado las ovejas y va a entrar el verano. Esa es la realidad.

-Este año no han venido los esquiladores, -replica con desaliento el abuelo.

En la cabeza del abuelo todo forma parte, creo yo, de esa conspiración universal para que se rinda, que desista de esa vida y que se siente en el poyo, como un lagarto viejo, a tomar el último sol de la tarde mientras ve caer la noche.

-No han venido porque no han podido venir.

La lógica aplastante de mi padre se condensa en sentencias como esa. En este caso quiere decir que se ha añadido otra confabulación, que un enemigo invisible, ese maldito virus, ha parado el mundo. Aquellas antiguas cañadas de 90 varas que reguló Alfonso X (y los cordelas, veredas y coladas que partían de ellas) ya no son los caminos que mueven la economía. El poderoso Reino de Castilla se ha disuelto. Con aviones, autopistas y trenes de alta velocidad, el mundo entero se ha hecho accesible. Estos últimos años quien esquilaba no eran los segovianos de toda la vida, eran cuadrillas de esquiladores polacos, venidos del Este como los bárbaros, que pasaban de pueblo en pueblo. Con sus máquinas eléctricas, su destreza y su manejo despiadado de los pobres animales despachaban el trámite del esquila con asombrosa celeridad. Cobraban, bebían unas cuantas cervezas y se iban al pueblo siguiente.

Este año no han venido, las ovejas se enfrentan al verano cargadas de suciedad y de parásitos: los pobres animales son los únicos inocentes en esta confabulación universal que amenaza esa forma de vida. Con resignación ovina, como borregos literalmente, recorrieron cientos de kilómetros por aquellas cañadas medievales; siglos después, cuando llegaron los trenes, aceptaron viajar hacinadas en vagones asfixiantes. Siempre se han conformado con su suerte. Lo único que piden es comida y unas tijeras que las libren para el verano de ese pesado vellón de lana.

-Los australianos hundieron el mercado y en Asia se fabrican telas por cuatro duros, -se lamenta el abuelo, que sufre sin comprenderlas las miserias del mercado global-. Lo que sacas de la lana no te paga ni los gastos del esquileo, pero aún así hay que esquilar.

Avanza Junio y el calor se acerca. Mi abuelo, cada día, lleva a sus ovejas a los mejores pastos, pero no ve modo de esquilarlas. Sufre y reniega, inquieto y defraudado como aquellos que esperaron, inútilmente, a los bárbaros.